

América Latina, en San Pablo. Yo había dialogado mucho sobre ese Memorial con su fundador, el brillante antropólogo Darcy Ribeiro, en un encuentro que tuvimos en Cuba. Y fue en 1992 que me surgió la posibilidad de participar allí en un ciclo de recitales compartidos entre una figura no brasileña y una figura local, que el visitante podía proponer. Naturalmente que por amistad y afinidad yo sugerí a Chico Buarque. Pero como a Chico no le era posible en ese momento, opté por la participación de Edu Lobo. De él yo había grabado «Yo vivo en un tiempo de guerra» con letra de Guarnieri y Boal, sobre un poema de Brecht; y también su «Upa Negrito», con letra de Guarnieri, las dos en mi disco *Trópicos*. Y después de nuestras actuaciones individuales, esa vez en San Pablo, terminé cantando *Upa negrito* a dúo con Edu. Después, en el 96, cuando mi hija Trilce cumplía sus quince años, eligió como regalo venir de París a festejarlos a Cancún conmigo, donde nos impresionaron mucho las ruinas históricas cercanas, como Tulúm, por ejemplo. Después llegó mi compañera Lourdes a México, y el cumpleaños de Trilce siguió y fuimos los tres a Cuba. En la isla, compartimos lindas horas con Silvio Rodríguez y su compañera Niurka, en Varadero. Volvemos a México y mi hija retorna a su vida en Francia. En México, a dos años del levantamiento zapatista, me di cuenta de que yo había vuelto a un México que vi con ojos diferentes. Porque si antes te hablaba de Cuba y Nicaragua como dos fuertes sacudones en mi conciencia, el zapatismo en Chiapas será la tercera conmoción en mi vida a nivel de un fenómeno político colectivo. El zapatismo me transmitió una visión distinta de muchas cosas, una tolerancia en cuanto a evitar el dogmatismo, el sectarismo, el autoritarismo; y una apertura frente a las cuestiones de género y de la diversidad sexual, por ejemplo. Fue un festival en La Realidad, que así se llama la zona, con presencia de varios de los dirigentes, como el subcomandante Marcos, pero también de los comandantes Nacho, David y de varias dirigentes mujeres, siguiendo el ejemplo de la comandanta Ramona. En medio de ese encuentro se organizó una jornada musical. Yo había viajado sin guitarra y me habían prometido conseguir una. Tacho, a quien le gusta mucho cantar boleros, me prestó una suya, sin estrenar, que le habían regalado compañeros españoles. Nunca la había afinado, así que me

puse manos en clavija (risas), digamos, en cuclillas, largo rato, afinando sobre el barro, infaltable en todas aquellas jornadas. Después de mis canciones, en un momento dado Marcos me pidió que presentara a jóvenes músicos indígenas. Así que pasé además a hacer esa tarea, frente a un público que también incluía a internacionalistas, porque había gente de todas partes del mundo. Recuerdo haber compartido esa experiencia con dos uruguayos: Julio Marenales, el dirigente y ex rehén tupamaro, y con mi amigo, el periodista y escritor uruguayo-mexicano, Carlos Fazio. Y en el 99, en el crucigrama de mis andanzas, volví a Cuba, para el 40º aniversario de Casa de las Américas, que para nosotros ha sido –tú lo sabes bien– un formidable centro de cultura y de unión. Siempre sentí como un orgullo que Fidel Castro me hubiera entregado la Medalla «Haydee Santamaría», quien fue gran conductora de esa Casa y de tantas cosas en su vida. Recuerdo que en ese aniversario estuve cantando a dúo «Gurisito» con Noel Nicola, este querido trovador que hemos perdido. Bueno, y te cierro el viaje por ahí...

– *Volviendo ahora a nuestro país, desde tu regreso en 1984 la derecha gobernó durante más de dos décadas, ¿cómo viviste esto?*

– Como te comentaba antes, me resultaba una situación complicada porque tras la dictadura gobernaba la derecha como antes. Sin embargo, el país de todas maneras no era el mismo que el del pasado, había quedado una herida abierta después de los años de lucha, de las prisiones, de las desapariciones, había una memoria de todo eso que influía en todos nosotros. Ya no éramos los mismos. Por ejemplo, los que llegábamos del exilio traíamos toda una experiencia vivida y un trabajo hecho en relación con el país desde lejos, que ahora había que confrontar con el país real, dentro. Además, vivíamos la sensación de que todos los luchadores que habían formado parte del imaginario colectivo, esos luchadores que se conocían por las fotos en los diarios o por seudónimos o por requerimientos de la represión, ahora aparecían a la luz pública, veíamos su humanidad personal, fueran de una u otra línea de la izquierda. Todos los que habían participado en la lucha por cambiar eran ahora personas concretas con las que podías hablar, con las que podías a veces empezar también a tener diferencias de opinión, era una realidad inédita que se instalaba. Y en medio de todo eso, como siempre me ha ocurrido y me sigue ocurriendo, conti-

nuaba mi relación con los grupos de trabajo de derechos humanos, incluyendo una nueva franja de lo que ha sido el movimiento de Hijos, que ha tenido la característica de reivindicar la lucha de sus padres, de sus madres, de sus ausentes. No solamente buscan el rastro de esos familiares desaparecidos –con todo lo que eso significa– sino que asumen las razones por las cuales esos familiares se jugaron la vida en un momento dado. Es un matiz importante. Y luego en esa etapa, que se podría llamar de transición democrática –o «democradura», como se la ha llamado por tantas situaciones injustas sin resolver– surge la campaña por el Voto Verde, muy importante para nosotros. Allí me acuerdo de mi participación cantando, marchando, esos viajes que eran ahora a pie sobre nuestro suelo y por nuestras calles en las manifestaciones. El día del cierre de campaña, las emociones eran grandes y yo grabé varios testimonios. Recuerdo el de una pianista, Alba González Souza, madre de Rafael Lezama, desaparecido uruguayo en Buenos Aires, que cuando le pregunté qué tocaría en ese acto, de tener un piano a mano, buscó en su memoria la melodía y comenzó a entonarme un pasaje de un vibrante Preludio de Chopin. En esa campaña veo también muy nítida la figura de Reina Reyes, aquella maestra de maestros, como lo es también otro ejemplar docente, Miguel Soler, con quien he tenido relaciones muy estrechas ya desde el exilio, y como lo era el maestro Homero Grillo, a quien conocí siendo yo joven. Frente a esa campaña nuestra por el Voto Verde para derogar la ley de impunidad que el gobierno defendía, la acción de los principales medios fue muy fuerte, desinformando, traicionando la verdad. En aquel momento hubo una operación muy eficaz para atemorizar a la gente. En ese, sentido era como «hacernos sentir rehenes», hacerle sentir al pueblo: «si hacen tal cosa ocurrirá de nuevo tal otra»... Entonces se produjo en el referéndum esa diferencia de votos que generó la consolidación de esta ley de perverso nombre –duele la boca al nombrarla– la Ley de caducidad de la pretensión punitiva del Estado. Lo que queríamos era que los responsables de haber violado los derechos humanos pasaran por la justicia, de eso se trataba.

– *Retomando aquella etapa, tras la primera presidencia de Sanguinetti, del 85 al 90, después vino el gobierno blanco de Lacalle, y en el 95 volvió Sanguinetti. ¿Cómo recordás ese período?*